

cimos *la burra de Balan*, y no *la borrica*, ni *la asna*? ¿Porque *risa de borrico*, y no de *asno*, ni *burro*? ¿Porque *caer de su burro* ó de su *asno*, y no de su *borrico*, ni *jumento*? ¿Porque *orejas de burro*, y no de *asno*, ni *borrico*, ni *jumento*? ¿Porque llamamos *borrico* al hombre simple y manso, y no *burro* ni *asno*? ¿Porque el que ha caído en un engaño ó equivocacion, dice: *he sido un borrico*, y no un *burro*? ¿Porque, si bien todos quatro nombres se aplican á un hombre tonto, solo el de *burro* se aplica al muy sufrido, ó al que lleva todo el trabajo en una casa, ú oficina, entre sus iguales? ¿Porque decimos *burra de leche*, y *leche de burra*, y no de *borrica*, ni de *asna*? ¿Porque llamamos *burrero*, y no *borriquero* al que cria burras de leche? ¿Y *borriquero*, y no *burrero*, al que cuida y lleva burros á prado? ¿Porque llamamos *borricada*, y no *burrada*, á una cavalgada en burros, ó á una manada de ellos?

¿Hasta donde podríamos extender este examen de las voces sinónimas, si quisiesemos repasar aqui su interminable serie, contando con la paciencia de los lectores? Esta materia era importante tratarla en este lugar con alguna extension, porque la abundancia misma de nuestra lengua nos obliga á ser mas cautos, solícitos, y remirados para acertar nuestra eleccion entre la tan vária riqueza de su diccionario. Me he detenido acaso mas de lo que era me-

nester en este género de observaciones, asi por el motivo que acabo de exponer, como para hacer mas sensible la falta que padece de un tratado particular de sinónimos nuestra riquísima lengua, habiendolo gozado ya casi todas las lenguas vivas de Europa.

De la ignorancia del verdadero y propio significado de las palabras, procede tambien la impropiedad de su uso en las aplicaciones figuradas. De aquí nacen tantas imágenes inadecuadas, tantas metáforas incoherentes, tantos pensamientos falsos. Por exemplo, el que confundiese las voces *sierpe* y *serpiente*, como lo hace el diccionario, diria; *la sierpe engañó á Eva*, en lugar de *la serpiente*: diria de una muger colérica y soberbia; *es una serpiente* en lugar de una *sierpe*: diria de una persona mordáz y maldiciente, *tiene una lengua de serpiente*, en vez de *lengua de sierpe* como se dice generalmente. En esta impropiedad caen los que confunden el género con la especie, ó al contrario; y no habrán contribuido poco á que los incáutos ó perezosos no conozcan este peligro algunos refranes nuestros, como aquel de: *olivo, oliva, y aceytuno, todo es uno*: y el otro tan comun, *ganso, pato, y ansaron, tres cosas suenan, y una son*: pero yo respondo que tres cosas suenan, y tres cosas son. Quando decimos *hablar por boca de ganso*, y no de *pato*: quando decimos la

*oliva de la paz*, y no el *olivo*; damos un claro ejemplo de que hay alguna diferencia entre aquellos tres obgetos, sino como individuos, á lo menos por algun accidente que hace variar su uso.

Despues de haber dado, por via de ensayo, algunas doctrinas confirmadas con exemplos acerca de la importancia de distinguir las palabras llamadas sinónimos por los retóricos, y que no reconoce como tales la crítica y la filosofía; falta entrar en otro exâmen no menos necesario á la propiedad del language, y es el tino y conocimiento en el escogimiento de las voces técnicas y facultativas, ya sea en el estilo narratorio, ya en el descriptivo, ya en el figurado.

*De las palabras facultativas.*—Como la propiedad de los términos no es otra que la de los signos que el uso ha consagrado para representar las ideas que queremos expresar; la exâctitud del language depende tambien de la acertada eleccion de las voces técnicas, es decir, de las propias y peculiares de cada arte y ciencia. Es tan importante este conocimiento, que por falta de él, cierto escritor místico, queriendo comparar las diligencias del justo que pelea contra las tentaciones, con la prevencion de un general antes de entrar en batalla, dice: *El buen capitán en primer lugar debe registrar los*

*soldados.* Sin duda ignoraba el autor que el *registrar* es propio de guardas de puertas, y de cirujanos, y el *revistar* de generales.

Cada ciencia, cada profesion tiene su vocabulario peculiar, cuyo conocimiento es mas necesario de lo que se cree al buen escritor; porque, como las palabras no son signos naturales, sino convencionales, de las cosas; significan exclusivamente aquello que los hombres han querido, habiendo aplicado unas á unos obgetos, y otras á otros. Y como por el transcurso del tiempo el uso inconstante, ó tal vez la necesidad, haya aumentado las diversas acepciones de una misma voz, segun se han multiplicado y diversificado los conocimientos, las ocupaciones, y los tratos de la vida civil; nadie dudará que la falta de precision, de correccion, y de claridad en el mayor número de los escritores, no dimana de la falta de este discernimiento, parte tan esencial de la elocucion.

Para dar una muestra de quan necesario es este discernimiento entre las diferentes acepciones de una misma voz, sabemos que el nombre *columna* es un término propio de la arquitectura; pero despues la física lo ha adoptado para representar la forma de ciertas masas, como una *columna de agua*, una *columna de ayre*. Ha venido despues la táctica militar, y la ha empleado para significar ciertas formaciones y maniobras, como *columna de infan-*

*teria, formar en columna, marchar en columna, &c.*

Para hablar con propiedad, debemos huir de los términos vagos y generales del lenguaje comun, si hemos de introducirnos de intento, ó por necesidad, en la region de alguna ciencia ó arte que tiene su idioma propio. Por exemplo: *médio* es una voz comun y usual para significar el punto ó parte que está á igual distancia de dos extremos de qualquier cuerpo ó espacio. Sin embargo, hablaria con poca propiedad el que dixese: *La caballeria rompió el medio del exercito*, debiendo decir rompió el *centro*, que es la voz usada por los tácticos y en la ordenanza militar. Lo mismo podemos decir de esotra voz comun *lado*, que en la formacion de un batallon ó esquadron se convierte en *costado*, y en la de un ejército se llama *ala*.

Pertenece igualmente á este género de impropiedad técnica el uso de aquellas palabras añejas que, no solo en la profesion militar, sino en las demas facultades, se han ido substituyendo por otras, á proporcion de los progresos é innovaciones en cada una. Hoy, por exemplo, se haría ridículo el escritor que dixese, volviendo á la profesion de las armas: *peones* por infantes, *esquadron* por batallon, *pelotas* por balas, *tiros* por cañones, *cuernos* por alas, *hileras* por filas, *cabos* por xefes, *presidio* por guarnicion, *ordenanza* por formacion, *comando*

por mando, *interpresa* por sorpresa, &c. Y no solo nos haríamos ridículos con este lenguaje, sino que ganaríamos el concepto de ignorantes, ó de pedantes, que arguye vanidad y extravagancia quando el que habla no ignora el moderno vocabulario del arte. No por esto se ha de entender con tanto rigor esta regla general, que se obligue al orador y al poeta á seguir el lenguaje del escritor militar que narra los hechos de un sitio, ó de una batalla, ó escribe un tratado científico del arte. Entonces sería otro género de pedantería, de que no debe huir menos el historiador político, cuya narracion no ha de descender á tanta precision y rigor científico, principalmente si refiere hechos de la milicia de tiempos antiguos. En este caso podrá usar de la voz *cabo* por xefe, de *caudillo* por general, de *capitan* por comandante, de *peones* por infantes, de *asedio* por bloqueo, de *partido* por capitulacion, de *expugnacion* por combate, de *despojo* por botin, &c. Pero aun en estos casos se ha de proceder con mucho cuidado y conocimiento; no sea que se equivoquen las cosas que pertenecen á un ramo con las que pertenecen á otro, como aconteció á un panegirista moderno que usaba de los nombres de *campeon*, *atleta*, *adalid*, narrando una batalla naval; sin acordarse de que son propios de la milicia terrestre.

Las palabras antiguas no son siempre anti-

quadas quando el historiador usa de alguna de ellas en tiempo y sazón; y entonces, todo lo que tienen de vejez, ganan de gravedad, así como ganan de claridad, y nobleza todo lo que tienen de acepción mas general. A la verdad las palabras rigurosamente técnicas, humillan al estilo, al paso que le dan propiedad, descendiendo á objetos menudos ó demasiado mecánicos para que entren con su propio nombre y figura á ocupar lugar entre las partes de la elocucion.

Si solo en el vocabulario del arte militar, que proponemos por exemplo en la materia que aqui se trata, se han ofrecido tantas observaciones para fixar de algun modo la propiedad en el uso de las palabras ¿quánto podriamos advertir en el de la física, náutica, medicina, anatomía, &c.? Y quánto sobre la filosofia de las ciencias naturales, que habiendo multiplicado y subdividido las ideas, ha inventado voces, ó mudado las acepciones de las ya recibidas? Así no dirémos hoy el *entendimiento*, sino la *mente* de la ley: no la *discrecion*, sino el *discernimiento* de lo bueno: no las *disciplinas*, sino los *estudios*: no los *sabéres*, sino las *ciencias*, &c.

Y como de esta gran diversidad de diccionarios facultativos se compone la lengua científica de una nacion; el orador, el historiador, y el filósofo, yá que no puedan poseer todas las profesiones, deben, á lo menos, no ignorar su peculiar lenguaje; ó no internarse sin este re-

puesto en su jurisdiccion. No se puede exígir del escritor mas docto que sea á un mismo tiempo *táctico, físico, marino, arquitecto, botánico, anatómico*; pero no por eso ha de ignorar aquellos términos que necesite para describir ó comparar algun objeto ú hecho marcial, algun arcano de la naturaleza, algun fenómeno celeste, alguna regla de las artes, ó alguna maniobra de la navegacion.

Ninguno de ellos debe hablar con la ostencion científica de un *disertador* que quiere lucir sus conocimientos, ó de un profesor que dogmatiza, ni menos internarse en los secretos, ni en la teórica de cada arte ó ciencia. Les bastará que usen siempre de los términos de una acepcion mas general y conocida, bien que siempre peculiares á las cosas de que tratan; y el orador particularmente solo se servirá de ellos como imágenes para sus símiles, comparaciones, metáforas, emblemas, y alegorías, en las que es preciso guardar el lenguaje análogo al objeto de donde se sacan; y por esta razon deben ser las palabras mas generalmente conocidas.

Ridícula vanidad muestra un orador quando, olvidandose de que habla á la comun inteligencia de los hombres, anda á caza de voces y locuciones técnicas, mayormente en las metafóricas, las quales no emplea por necesidad, sino por ornato. Pedantería, envuelta en obscuridad, es decir: la *explosion de su ira, la osci-*

*lacion de la conciencia, el movimiento retrógrado de los estudios, &c.*: palabras sacadas violentamente de la artillería, de la mecánica, y de la astronomía. ¿No es mas claro y propio, sin dexar de ser metafórico, el *desahogo* de su ira, los *latidos* de su conciencia, la *decadencia* de los estudios? Este es el vicio que ha contaminado á la eloqüencia moderna, introducido por el mal gusto de algunos escritores franceses: de lo qual **hablarémos** mas adelante, tratando de los **símiles** y comparaciones.

Pertenece tambien á la impropiedad de la diction **todas** aquellas palabras que, aunque tengan una misma significacion general, el uso y la recta **propiedad** las han aplicado á distintos obgetos. Aunque estas voces *instituto, estatuto, institucion, regla, ordenanza, y reglamento* abracen una **misma** idea general, y que en los tiempos **pasados** se sirviesen de ellas indistintamente muchos **de** nuestros escritores; el uso moderno, mirando **el** sentido de cada una á mejor luz, les ha señalado su peculiar oficio. Asi dirémos: los *institutos* religiosos, piadosos, literarios; los *estatutos* de una academia, de una hermandad; las *instituciones* sociales, legales; la *regla* de S. Benito, de S. Agustin; las *ordenanzas* militares, gremiales, municipales; los *reglamentos* de policía, de oficinas, &c.

Serian **innumerables** los exemplos que se podrian presentar para prueba de que en cada

siglo se altera y se disloca el lugar que antes ocupaban ciertas voces en el diccionario de una lengua, á medida que se rectifican y extienden las ideas, se renueva el gusto, y se mudan las costumbres.

Hay, sin embargo vocablos y frases que el uso ha autorizado de tal modo, que toda alteracion en ellos seria un crimen contra el comun sentir, aunque no ofendiese á la gramática, ni á la indole de la lengua. Decimos: para quatro dias que hemos de vivir; y no dirémos para cinco ni para seis.—*Voy á escribir, ó á poner á N. dos lineas, ó quatro lineas*, y no dirémos tres, ni cinco.—Decimos *viva Vm. mil años*, y no ciento, porque ya hay quien los vive, y en este caso no sería tan obsequioso nuestro deseo, no habiendo encarecimiento; mas tampoco decimos dos mil, ni tres mil años, porque esto sería un desvarío. Decimos: *ni de cien leguas le parece*, por exâgeracion; y no de ochenta, ni noventa, que parecería cuenta ajustada, y no hiperbólica. *A las mil maravillas*, decimos tambien por exâgeracion, y no á las ciento.

Este mismo uso tiene autorizados ciertos nombres latinos en nuestra lengua, que sería ridículo y extravagante verter en romance; como los consagrados á la astronomía, por exemplo, para los signos del Zodiaco, los de Aries, Piscis, Aquário, Cancer, Libra, Geminis, &c., que sona-

rian humildemente con las voces comunes de *carnero, peces, aguadera, cangrejo, balanza, mellizos, &c.*

*De los Arcaismos.*—Entre los vicios contrarios á las virtudes de la propiedad, se cuenta aquel abuso que hacen algunos escritores de las palabras antiquadas, ó ya desusadas en la lengua. Este vicio nace, unas veces de falta de conocimiento de los límites á que se extiende esta licencia en la prosa; y otras de pura afectacion, que es lo comun. Muchas cosas son permitidas al poeta, que al orador no se perdonan. Muchas no caen mal al estilo festivo y satírico, que desdorarían al culto y sério. Aquí entra el buen gusto y la fina discrecion del escritor, para distinguir los casos, los lugares, las circunstancias, y la naturaleza de la materia, y la ocasion y el modo con que ha de mezclar lo útil con lo dulce. Las reglas y los exemplos están en los buenos modelos: y de su lectura y su estudio se formará cada uno los preceptos.

El que ignore los límites hasta donde puede alcanzar el uso de las palabras de antigua alcúrnica, y no sabe medir el intervalo que el tiempo y el uso han dexado entre una y otra de igual significacion; creyendo hablar castizo, hablará rancio, casando colores muertos con otros brillantes. Por exemplo, *enderezar una epístola*, por dirigir una carta; *ver salir las naos*,

y no las naves, ni navios: *doblar el promontorio de Buena Esperanza*; y no el Cabo: *desfacer tuertos*, por vengar injusticias, &c.

Otros hay que, por dar mas autoridad á su estilo, y mas pureza á su diccion, pretenden autorizar su sabiduria y erudicion, remozando voces viejas, y resuscitando otras muertas; como *empero* por *pero*; *derredor* por *rededor*; *ainá* por *pronto*; *guisa* por *manera*; *dó* por *donde*; *ende* por *de allí*; *luengo* por *largo*; *apostura* por *gentileza*, &c. Estas y otras de antigua fábrica se permiten al poeta, y solo al prosista en asuntos burlescos y satíricos.

Quando en esta eleccion de palabras se descubre el cuidado y vanidad del escritor, que casi nunca se puede disimular; se descubre tambien el vicio del arcaismo. Verdad es, que las voces antiguas y traídas de la vejez, segun dice Quintiliano, no solo tienen quien las defiendan, y acoja, y estime, sino que dan magestad á la oracion, y no sin deleyte, porque tienen consigo la autoridad de la antigüedad, y les da valor, digamoslo asi, aquella religion de su vejez. Y por quanto estan desusadas y puestas en olvido, tienen gracia semejante á la novedad. Y ademas su antigüedad misma les da dignidad, porque las palabras no usadas de todos hacen mas venerable y admirable la oracion. Pero, como en todo importa la moderacion, no han de ser muy freqüentes ni manifiestas, pues no hay cosa

mas odiosa que la afectacion; ni traídas de los mas remotos tiempos, ni del todo olvidadas. El uso, certísimo maestro de hablar, y el language con que hemos de publicar nuestros conceptos, ha de ser tratado y recibido como la moneda que corre.

Hay voces antiguas que por ninguna razon se han de considerar como antiquadas: usadas en la conversacion manifestarian afectado purismo; pero á los escritos graves y discursos patéticos comunican, ya dulzura, ya magestad, usadas con templanza y con oportunidad. Tales son, *ánima* por alma, *dulzedumbre* por dulzura, *consolacion* por consuelo, *contentamiento* por contento, *pesadumbre* por peso, *humanal* por humano, *divinal* por divino, *terrenal* por terreno, *mundanal* por mundano, *perenal* por perenne, &c. Estas palabras reciben su autoridad de la que goza el orador ó escritor, como quando decimos, *huestes* por exércitos, *adarve* por muro, &c.

Hay otras voces que, no por antiguas, sino por antiquadas y desusadas, no deben introducirse en ningun género de estilo, ni en el trato comun. Tales son *abastanza* por abundancia, *tocamiento* por tacto, *conorte* por consuelo, *caudal* por principal, *raudo* por rápido, &c. Esta afectacion de voces y frases antiquadas, segun la expresion de Saavedra en su República Literaria, es como

la de aquellos que se tiñen las barbas para hacerse viejos, y de otros por parecer mozos.

En esta clase se pueden contar las puramente latinas, ó latinizadas, que es otro género de pedanteria que cundió generalmente en otros tiempos, y formó gran parte del culteranismo. Por el deseo de pasar por eruditos y humanistas huían los escritores del language de los romanistas, y caían en el de la bachilleria. Asi, por no hablar con claridad castellana, decian sin ninguna necesidad: *Está muy provector en la filosofía*, en lugar de muy adelantado; *gárrulo* por charlante; *almo* por puro; *rutilante* por brillante; *inópia* por pobreza; *mensura* por medida; *cubiculo* por aposentillo, &c.

He dicho que estas palabras se usaban sin necesidad, porque no carecia de las correspondientes y expresivas la lengua materna. Era tambien un resábido de los estudios escolásticos, en que se despreciaba el buen castellano, y se corrompía el buen latin. De aqui vino el mal gusto de mezclar en el estilo, ya oratorio, ya filosófico, los vocablos de la escuela, del foro, de la jurisprudencia, y de la medicina; de suerte que el que no latinizaba, ó grezizaba, no gozaba de nombre de literato, ni de docto escritor.

No pretendo, por lo que dexo dicho, que se hayan de desterrar sin remision todas las palabras puras del latin, ó del griego, ó derivadas,

ó compuestas de estas dos lenguas, pues de ellas han recibido el vocabulario científico y dogmático las vulgares. Hay escritos didácticos y doctrinales, en que el moralista, el teólogo, el jurisperito, el físico, y el matemático diserta, explica y enseña; y para esto ha de recurrir al vocabulario de su profesion. Pero el discurso eloqüente no admite dición estrangera, esto es, la latina, sino en los casos en que la propia carece de la voz por no existir las cosas entre nosotros, como, *pretor*, *centurion*, *edil*, *tribuno*; y en aquellos en que es preciso dignificar la expresion vulgar, llamando *matrona* á la partera, *varon* al macho; ó para evitar los circunloquios, consultando con la brevedad, como: *oficioso* por no decir aficionado á hacer buenas obras: *benéfico*, por no decir inclinado á hacer bien: *inecórable*, por no decir sordo á los ruegos.

Por la misma razon se admiten algunos nombres griegos, como *filantropía*, *misanthropía*, *filáucia*, *afrodisiáco*, *patético*; y esto en el estilo filosófico, polémico, y didáctico, porque en el oratorio caerían muy mal dicciones que no hablan al corazon, ni á los sentidos; ó para cubrir la indecencia con el velo de una palabra latina ó griega que, sin ser mas honesta en sí misma, lo es mas en su sonido, y por menos conocida, es mas decente, como: *estrupe*, *nefando*, *meretriz*, *onanismo*, *priapismo*, &c. Lo mismo

sucede con el escándalo en los hechos ó dichos, que se aumenta, y es mas grave á proporcion del número de expectadores ó de oyentes.

Si es vicio en un escritor cuerdo y grave afectar esta curiosidad de buscar, sin necesidad ni utilidad alguna, estos vocablos de dos lenguas tan ricas, nobles y sábias, de cuyas rayces nació la nuestra ¿que nombre darémos á los que inventan otros extraordinarios, y fuera de la comun inteligencia, y uso, por abrirse una nueva senda á su reputacion? y á los que, por descuido, por desafecto á su propia lengua, ó por ignorancia de la gala y riqueza de ella, adoptan de la francesa lo que, á su parecer, no les puede suministrar la suya? Por ignorancia, y tambien por ayre de cortesania, van estrechando los dilatados términos de la lengua castellana; de suerte que, segun cunde este desorden, ninguna será mas pobre y escasa, siendo de dos siglos á esta parte la mas abundante y rica de todas las vivas. Las continuas lecturas de obras francesas desde la niñez, con el embeleso del estilo, y la curiosidad de las materias, ha transformado los lectores en panegiristas de aquella lengua, sin darles lugar á distinguir la gracia del decir de la grandeza y energia del idioma. Asi, quando traducen, excusan nuestras dicciones puras, propias y elegantes, y aun las mas usadas y comunes, por delicado gusto; mas yo digo que por falta de estudio y de conocimiento. La mitad de la lengua cas-



tellana está enterrada ; pues los vocablos mas puros, hermosos, y eficaces hace medio siglo que ya no salen á la luz pública. Si los hombres cuerdos y juiciosos que conocen el valor y lustre de nuestra lengua no se esmeran, como lo muestran ya algunos, en reparar este daño ; vendrá tiempo en que no alcanzará el remedio. Hemos llegado á tiempo en que se pueden perdonar los arcaísmos por no caer en los galicismos : aquellos á lo menos tienen su cuna y su alcúrnica en nuestro pays ; y estos son intrusos y advenedizos.

No pretendo ahora presentar exemplos de este abuso que muchos hombres sábios y celosos tocan y lloran dias hace, porque sería obra no de un solo volúmen : inútil trabaxo para el desengaño quando basta al curioso releer con reflexion y desconfianza las innumerables traducciones que compró y leyó sin ella, pues no las volvió á los librereros. ¿ Que necesidad tenemos de la palabra *bolsa*, teniendo en español *lonja de comercio*, ó *casa de contratacion* ? ni de *bello sexó*, teniendo *sexó femenino* ? ni de *sociedad*, teniendo *trato civil* ? ni de *sentimientos*, teniendo *afectos* ? ni de *genio*, teniendo *ingenio* ? ni de *transporte*, teniendo *enagenamiento y rapto* ?

Cesando yo de hablar en mi nombre alguna vez sobre esta materia ; imploro la autoridad y juicio de Lope de Vega, quien, en alabanza de una cancion de Herrera, que con sola la ele-

gancia de la lengua castellana supo levantar la alteza de la sentencia puramente á una locucion heroyca, dice : “ Esta es elegancia, esta es “ blandura, y hermosura, digna de imitar y de “ admirar : que no es enriquecer la lengua dexar “ lo que ella tiene proprio por lo extrangero, sino “ despreciar la propria muger por la ramera “ hermosa.”

#### ARTÍCULO IV.

DE LA ELECCION DE LAS PALABRAS QUE

FORMAN LA ELOCUCION.

Despues de haber tratado de las palabras en quanto son instrumentos para hablar con propiedad y exâctitud ; falta considerarlas ahora con respecto á la elocucion oratoria. Para esto es necesario cierto tacto en su eleccion, escogiendo no solo las mas propias y castizas, las mas autorizadas y claras, sino las mas enérgicas, ilustres, significantes, y escogidas con tanto acierto que su belleza dé luz al órden, y la hermosura del orden dé esplendor á las mismas palabras.

Del arte del artífice saca su estimacion la materia mas comun, dandola con su habilidad las formas y vista que pide el buen gusto, ó la